



LOS LIBROS QUE NUNCA HE ESCRITO: CUESTIONES EDUCATIVAS

Autor: G. Steiner

Año de publicación: 2011

Editorial Siruela, Barcelona.

PP. 141-181

Idioma: español

Por: Francisco Arenas Ferriz¹

En su obra “*Los libros que nunca he escrito*”, el profesor y crítico literario norteamericano de origen judío G. Steiner (París, 1929), dedica el capítulo llamado *Cuestiones educativas* a realizar una comparación entre tres de los sistemas educativos que ha conocido, como alumno primero y como profesor después. Tales sistemas son el francés, el británico y el norteamericano (Steiner se enorgullece de su condición políglota que le permite enseñar y escribir en cuatro lenguas: alemán, francés, inglés e italiano). Acompaña su descripción de interesantes y, en general, pesimistas observaciones sobre los cambios que se han producido en la enseñanza media y superior en las últimas décadas. Su descripción incluye una valoración de aquellos aspectos de la enseñanza tradicional que se han perdido en el vértigo de los nuevos tiempos y de las continuadas y, a menudo, arbitrarias reformas que han sufrido tales sistemas. El capítulo (en realidad no es un capítulo, sino como los otros capítulos del libro, el esbozo de uno de los libros que desearía haber escrito y que, a sus ochenta años, no se considera en condiciones de acometer de modo completo) concluye con una original propuesta sobre cuáles deberían ser las materias fundamentales de la enseñanza futura.

En los primeros párrafos, Steiner habla con evidente afecto y nostalgia del sistema francés en el que se educó siendo adolescente y resalta la importancia social que tradicionalmente se ha dado en él, al profesor y al investigador:

1 Francisco Arenas Ferriz es Catedrático de Filosofía de Enseñanza Secundaria en España.

¿En qué otro lugar condecora un gobierno a los profesores con *palmes académiques* o pone a las calles los nombres no sólo de poetas o mariscales, sino también de orientalistas innovadores, lógicos escolásticos y matemáticos puros? Un paseo por el Barrio latino de París es una excursión por la historia del intelecto.

Una huella de ese social se manifiesta en la atención con la que se siguen las pruebas escolares en la prensa: “El rendimiento escolar ha sido –y sigue siendo– un asunto de interés público y objeto de la atención general”. No hay que olvidar que todavía hoy, a pesar de los problemas, la escuela republicana sigue siendo una de las señas fundamentales de la identidad nacional gala.

Los pilares de esta enseñanza eran dos. Por una parte, la insistencia en el dominio de la lengua francesa: “El niño tiene que comprender la primacía de la lengua para definir y sustentar el destino de la nación”. Para conseguirlo era clave la memorización de textos, cada vez más extensos y complejos, de los clásicos. El otro rasgo distintivo era la enseñanza de la Filosofía, tanto en el aspecto de la argumentación como en el del conocimiento de los temas clave de la especulación filosófica. Así, el autor se pregunta “¿existe otro sistema educativo que pida a los adolescentes que hablen de si se puede denominar conocimiento a la ética...?”

Steiner admite que ambos pilares se han debilitado en la actualidad por el empuje de la cultura icónica y la presión de la cultura angloamericana, que constituyen una grave amenaza para la cultura humanística francesa. Como un alumno agradecido, nuestro autor, concluye con el reconocimiento de “que debo a mis profesores del Liceo buena parte de lo que ha hecho mi vida digna de ser vivida”.

Los párrafos dedicados al Reino Unido planean sobre los efectos de la generalización –masificación– de la enseñanza en la población juvenil. El acceso a la enseñanza superior se ha multiplicado y las diferencias entre las clases sociales han disminuido, al menos en este aspecto. Pero, a pesar de los esfuerzos realizados, señala que:

...en términos generales el abismo [se refiere a la distancia entre los que han accedido a una educación de élite y los que no] se ensancha y las consecuencias son funestas. Con harta frecuencia en Inglaterra, el adolescente que termina el colegio muerto de aburrimiento y con la mente en barbecho, apenas domina

las capacidades lingüísticas y numéricas básicas (...) el sistema está generando una ingente subclase de semianalfabetos cuyo vocabulario y dominio de la gramática reduce tanto sentimientos como ambiciones a cruda vulgaridad.

Esta pesimista valoración no mejora en las líneas dedicadas a Estados Unidos, donde las universidades más acreditadas del mundo conviven con una enseñanza media que ha sido sepultada por una corriente similar de semianalfabetismo. Según nos recuerda

...el 80% de los que han terminado el instituto no son capaces de decir si Irlanda está al este o al oeste de Gran Bretaña (...) está disminuyendo la comprensión de cláusulas subordinadas, al igual que el vocabulario que se posee. Para una mayoría en aumento hasta los rudimentos del cálculo son un arcano misterioso (...); la ironía, la indagación escéptica son antipatrióticas.

La causa de todo ello la sitúa Steiner en las exigencias de la democracia igualitaria para la que “el objetivo de la educación es un patriotismo unificador que iguala por abajo”. El precio pagado por estas exigencias del realismo político es, para Steiner, excesivamente elevado:

No es solamente que en política florezcan la mediocridad, la corrupción y el populismo iletrado. Es que con frecuencia se marginan la eminencia intelectual, que el amor por las lenguas se marchita bajo la apisonadora del infantilismo de los medios de comunicación de masas.

Esto nos puede ayudar a entender, añade un poco más adelante, la razón por la cual “los proveedores de anuncios publicitarios y medios de comunicación de masa procuran, siempre que es viable, evitar palabras de más de dos sílabas y cualquier subjuntivo.”

La educación humanística tradicional, asentada sobre los dos ejes de la lectura y la escritura ha entrado, en opinión del ilustre profesor, irremediabilmente en declive. Entramos en la era de una “tercera cultura” definida por la revolución tecnológica e informática:

La esperanza de preservar o resucitar la alfabetización humanística en cualquier manera tradicional me parece ilusoria. Esa instrucción, ese dominio de lo clásico pertenecía a una élite (...) La predisposición a una

cultura superior está lejos de ser natural o universal”. En el siglo XXI “la librería sería competirá, en términos ridículamente desiguales, con el bazar pornográfico de al lado.

Por otra parte, este crítico de estirpe judía no quiere que olvidemos que la alta cultura convivió sin problemas con la barbarie del siglo XX o, lo que es peor, en muchos casos contribuyó a su adorno: “Hubo muchos amantes de las bellas artes y de la música clásica entre los carniceros”.

En fin, se interroga el afamado profesor, ¿qué pasa con las constantes reformas educativas?, ¿para qué sirven? Esto es lo que contesta:

... el conjunto de actos educativos, de estatutos de reforma, de audiencias federales sobre las crisis en nuestras escuelas son innumerables. ¡Qué nobles árboles han sido convertidos en pulpa para suministrar este interminable torrente de basura oficiosa! Hasta los más eficientes y devotos de los maestros están siendo sistemáticamente humillados, montañas de papeleo legalista están impidiendo hacer su trabajo como es debido. Están mal remunerados y se les trata de forma condescendiente. La consecuencia ha sido una auto-destrucción sistemática. (...) Casi no es preciso que cite el deterioro de la elemental disciplina y cortesía en el aula, un deterioro precipitado por la violencia física, las amenazas de los padres y las interferencia legalista.

Sin embargo, la alfabetización no es una labor imposible. El autor de *“Lecciones de los Maestros”* nos recuerda que la voluntad política puede resolver el problema si se lo propone: “Lo único que se necesita es una valentía política que ponga en evidencia y desafíe ese desdén por la vida intelectual y esa desconfianza de la eminencia que son característica del consumo de masas en el capitalismo tardío”. Por lo que parece, pensamos nosotros, hay pocas evidencias de que tal cosa vaya a ocurrir.

En los párrafos finales, Steiner decide desprenderse de ese ánimo pesimista y hacer unas sugerencias que, aun con el riesgo de parecer utópicas, pueden resultar dignas de consideración porque en las épocas de crisis “solamente lo utópico es realista”. Las matemáticas, la música, la arquitectura y la biología molecular y la genética deben constituir los pilares de la nueva alfabetización, porque alfabetizar es proporcionar “la capacidad para tener participación en lo más desafiante y creativo que hay en nuestras sociedades y responder a ello”; y esa creatividad está anclada en nuestro tiempo, según Steiner, en estas disciplinas.

En primer lugar, hay que acabar con la ignorancia en materia de conceptos y procedimientos matemáticos que son “para una inmensa mayoría un repelente misterio o un vago recuerdo de unas clases escolares pésimamente dadas y gustosamente olvidadas”. Para ello es preciso enseñar las matemáticas de manera histórica, únicamente conociendo el contexto intelectual y social en el que surgieron las preguntas matemáticas tienen sentido las soluciones –y no soluciones– propuestas.

La música, entrelazada con la matemática, es un lenguaje universal capaz de expresar lo que no admite conceptualización en las lenguas convencionales, superar los límites de la ciencia y ponernos en contacto con lo trascendente. Su aprendizaje, además, permite ampliar los recursos psíquicos y sociales y actuar como “la terapia del espíritu herido”.

La arquitectura conjuga las aportaciones de las dos anteriores porque: “Tanto en la arquitectura como en la música están relacionados aspectos esenciales de armonía, proporciones y variación temática”. La nuestra es una de las épocas estelares de la arquitectura y de ella depende la respuesta a problemas, tanto de movilidad urbana, como de justicia social o asistencia sanitaria.

Finalmente, una introducción a la biología molecular y genética completaría el *quadrivium* de la nueva alfabetización. La ética, el derecho, la política, la estrategia militar o la economía modernas están inmediatamente afectadas por los incesantes descubrimientos en este ámbito.

Todo lo anterior, constituiría la base de lo que las escuelas modernas deberán poner a disposición de las nuevas generaciones, si deseamos que estas puedan entender de modo suficiente y creativo el mundo en el que nos ha tocado vivir.

En las últimas líneas de este ensayo, que no es un libro, pero quería serlo, este profesor, de un larguísimo listado de universidades que aprecia, especialmente sus clases nocturnas en la escuela de adultos de Nueva York, sentencia y resume su propuesta a la que no duda en calificar como un “proyecto de locos”, con estas palabras:

Ningún hombre y ninguna mujer deben considerarse alfabetizados sin alguna noción de las ecuaciones no lineales, sin algún indicio de cómo la música habla en una lengua universal, sin alguna identificación de las cuestiones que están en juego, estéticas y prácticas, formales y políticas, cuando surge un nuevo edificio en el horizonte, y sin alguna familiaridad con la reestructuración biogenética de nuestra identidad.